

Las divergencias entre la mancomunidad y las provincias mancomunadas sobre el cumplimiento, inteligencia, interpretación y efectos de sus pactos se ventilarán ante la Sala tercera del Tribunal Supremo, con sujeción al procedimiento fijado en la ley que regula la jurisdicción contencioso-administrativa.

#### DISPOSICION ADICIONAL

No podrán crear las mancomunidades ninguna clase de Institutos armados, ni asumir,

por delegación de las Diputaciones, el sostenimiento de los existentes.

Palacio del Congreso 22 de Junio de 1912.  
—Trinitario Ruiz Valarino, presidente.—Angel Alvarez Mendoza.—José Guillén Sol.—Pedro Corominas.—Francisco de A. Cambó.—José Manuel Pedregal.—Alfonso Sala, secretario.

*Reproducimos el Dictamen por habernos atendido la otra vez á un texto incorrecto.*

### Desde Inglaterra

## Las desventajas de la literatura española

Con frecuencia se han quejado los autores de la nueva generación del desconocimiento que hay en el extranjero de nuestra moderna literatura y aun de nuestros clásicos; rara vez entran en las bibliotecas libros de autores nuevos, sobre todo, si se trata de traducciones; generalmente los libros que se traducen pertenecen á autores cuya época ya pasó, que son siempre los mismos y que hacen creer que no han llegado á nosotros los vientos de las nuevas corrientes literarias. Verdad es que en esto influye mucho el estado á que ha llegado nuestra nación y el poco caso que de ella se hace, pero no cabe duda que debe tener otras causas más principales que quizá dimanen de los mismos autores.

La expresión de nuestras ideas, naturalmente que debe estar hecha en el lenguaje más correcto posible, pero también el más claro; nuestro propósito al escribir ha de ser el de ser fácilmente entendidos por todos. Se ha de usar la justa palabra pero la menos arcaica huyendo siempre de aquello que no sea naturalidad en la expresión; es decir, de querer hacernos superiores á nosotros mismos. Con esto ocurre que muchas veces la idea pierde su pureza, casi desaparece para no quedar mas que un juego de palabras. Ante todo no se ha de olvidar que al escribir nos proponemos expresar ideas ó sentimientos.

Es verdad que á veces estos juegos de palabras son agradables al oído y no podemos negar que son arte, pero pensemos lo que pueden ser, traducidos á otros idiomas; nada absolutamente nada; la mayor parte de las veces una cosa sin importancia alguna, aunque sea de Cervantes; una cosa que hasta puede parecer una necedad. Por esta razón ¿qué de extraño tiene que tales cosas no sean traducidas?

Por otro lado vemos á muchos de nuestros autores jóvenes embutiéndose la cabeza con palabras del diccionario para producir asombro con su conocimiento de la lengua, como si fuera este el camino para llegar á ser genios. Los que no estamos llamados á serlo es inútil que lo busquemos por tales derroteros, pues se trata de una fuerza interior que solo ciertos privilegiados seres poseen. Este rebuscar de palabras en lugar de dar valor á lo que se escribe le quita el interés que pueda tener, haciendo la lectura pesada; ahora bien, cuando estas palabras son

las mismas y están expresadas por el genio, este les da valor, las abriga, las hace simples, fáciles de comprender, tan solo por el hecho de que han sido expresadas por él con naturalidad.

Cuando hay ideas en el cerebro, éste, busca y encuentra las palabras, pero si no las hay es inútil hacer complicados arabescos para cansar la imaginación.

De todas maneras vemos que en la escritura no ha de haber mas que naturalidad, y si por algo puede sacrificarse esta es solamente por la claridad; nunca por un lenguaje que, pretendiendo ser más elevado no es más que un plato insulso.

Pero he aquí que aun nuestros mejores autores caen en este defecto de la mayor abundancia de palabras en desuso y el traductor, que generalmente no es un astro de primera magnitud huye de tales libros por difíciles y que á veces considera intraducibles.

Desde luego que si escribimos para los nuestros podemos hacerlo como mejor nos plazca; pero quienes tal hacen no tienen derecho á quejarse luego por que sus libros no son traducidos. No se entienda tampoco que cuando hablamos de naturalidad permitimos ciertos estilos faltos de sintaxis de algunos autores que saben el secreto de que los libros tengan venta.

Estos autores, verdaderas medianías, que por la clase de sus escritos son traducidos para ponernos en evidencia, alcanzan unas traducciones tan libres como lo que escriben, ya que convierten al traductor en un intérprete de lo que quisieron decir.

Pero nos hemos desviado un poco de nuestro propósito al escribir estas líneas: lo que queremos decir es que la desventaja de la literatura española para ser traducida consiste á nuestro modesto parecer, en la tendencia de nuestros escritores á usar su lenguaje complicado en busca de mayor perfección ó corrección, para ser más castizos en perjuicio de la claridad y por lo tanto de la facilidad de ser traducido.

Claro está que hemos pensado esto al comparar con la nuestra la literatura inglesa. Un libro inglés está mejor escrito cuando el lenguaje es más simple y esta es la causa de que los mejores libros ingleses son los más fáciles de traducir. Es evidente que esto depende de la naturaleza de las lenguas. El español es un idioma fácil y tiende á la

dificultad; el inglés es difícil y por esta razón tiende á la facilidad. Y esto mismo es lo que da desventajas al uno y ventajas al otro; de todas maneras es más lógica la tendencia del inglés.

Parece lo razonable que el escritor se acerque al público cuanto le sea posible y no que se aleje de él, á menos que su gusto sea no ser comprendido, en cuyo caso no tiene necesidad de editar sus obras ó bien puede inventarse un idioma para él solo. Aparte de lo que fueran riquezas de la lengua imposibles de poner en otro idioma, es más fácil traducir á Cervantes que á ciertos escritores modernos, algunos de los cuales son los que se quejan de no ser traducidos.

Quedamos, pues, en que ideas expuestas en la forma mas sencilla son las que crean la más pronta y sólida reputación universal.

También en Inglaterra se da el caso de autores que escriben en dialecto imposible de traducir, pero esto está justificado porque escriben en armonía con lo que dicen. Los libros de Pereda, por ejemplo, tienen toda su gracia en la forma de estar escritos, pero aquí se trata de literatura regional que no aspira á ser traducida, sino que es nacida para ser como es, sin cambiar de forma.

La literatura regional es una cosa completamente distinta de la nacional que aspira á internacionalizarse.

Luego, los libros también necesitan de propaganda como los específicos, propaganda un tanto descuidada en España ya por modestia de los autores, ya por desconocimiento de los editores. Tal como ésta se hace en Inglaterra quizá resultara ridícula por lo exagerada, pero es la que surte los mejores efectos.

Y que no se vea en lo que escribimos más que el buen deseo de que nuestros autores de valía sean conocidos por fuera, como dignos que son de ello, para que saquen al país de la obscuridad en que vive y hagan llegar á otras tierras rayos de nuestro sol.

DANIEL MARTÍNEZ FERRANDO

Newcastle on Tyne, Agosto, 1912

### Libros nuevos

#### Amor, Señor

de JOSEF M. LÓPEZ PICÓ (Op. III)

80 páginas en papel de hilo numerado. Pta. 3.

Imp. F. Altés. Barcelona

#### Les Monjoies

de JOSEF CARNER.

82 páginas en papel de hilo. Pta. 5.

Imp. Mariano Galve. Barcelona.

Pueden obtenerse por mediación de esta Administración.

**BRIGHTS** **SOMBREROS**  
**ARCHS - 3**

# Cuestiones morales

## La tristeza en la literatura contemporánea

### XII

#### El dolor por las cosas pequeñas.

Nuestra literatura, no sólo es caja de resonancia para los grandes dolores; no sólo canta la opresión del espíritu enfermo ó las miserias del paria social: también sabe explorar los dolores pequeños, íntimos, de las almas modestas—sanas y dichosas al parecer— que sufren la nostalgia de ilusiones irrealizables; dolores jamás confesados ni conocidos, porque no se traducen en explosiones trágicas, sino que van por dentro de los corazones, de los que fluye gota á gota la sangre de internas heridas.

Sin salir de los escritores españoles, pudiera prodigarse los ejemplos.

Recuérdese el tipo creado por los hermanos Quintero, aunque envolviéndole entre los donaires de su ingenio andaluz, en la popular y delicada comedia *Amor que pasa*. Aquella Socorrito, que ve deslizar su juventud entre los zafios moradores del pueblo donde vive, con la ilusión del tren, que trae ecos de un mundo más alegre... y que puede traer el novio, por quien ella suspira, tiene días felices de esperanza, conociendo una apariencia de amor en forma de apuesto pasajero; mas también en el tren se lleva la fugaz ilusión, dejando en su alma sentimental el vacío del desencanto.

*Azorín* ha sabido hacer sentir la intensidad, la poesía y el interés de las cosas pequeñas que á veces llenan toda su vida, y el desasosiego, el desconuelo ínfimo que sienten, al perderlas, esos pobres hombres, de espíritu infantil, para quienes un regodeo del paladar, una partida de dominó, tal paseo ó cual tertulia pedestre y huera, contienen todo un universo visible.

Y sólo escritores de nuestra edad comprensiva podría detenerse para perfilar tan livianas minucias, y ahondar tan íntimos repliegues psicológicos, que la antigua literatura pasó sin advertir.

### XIII

La tristeza, como ley general en las diversas direcciones de la literatura contemporánea: sus manifestaciones en el romanticismo.

Las observaciones que anteceden corroboran, á mi juicio, el malestar del mundo moderno, y la tendencia pesimista de la literatura actual, sutil inquisidora del dolor, que se extasía ante los panoramas sombríos ó las almas atormentadas, acumulando tintas oscuras ó siniestras sobre la misma impasible realidad, que antes brilló áurea, riente y luminosa, bajo la gaya pluma de ingenios ecuanimes y bien hallados con la vida. Mas no puede bastar lo expuesto para hacer patente la marcha universal de tristeza que sigue la literatura contemporánea.

Requiere tal demostración dirigir nuestra vista á las diferentes escuelas literarias que han ido sucediéndose, desde que el romanticismo proclamó la revolución estética en el primer tercio del siglo XIX.

Negación y protesta: he aquí el sentido de la literatura contemporánea en sus más varias direcciones.

\*\*\*

Negación y protesta, en el fondo contra la sociedad y en la forma contra los antiguos cánones, palpitan en el romanticismo, que, exaltando el ideal hasta el vértigo, creó una generación tétrica y soñadora.

Los románticos hicieron materia literaria delo feo, lo deforme lo terrible. Fué la época de los monstruos, como el *Quasimodo* de *Nuestra Señora de París*, el antropófago *Han de Islandia* y el enano de *Bug Jargal*; de las escenas patibularias, que abundan en las novelas de Sué y Dumas; las fantasmagorías lúgubres de la Edad *Hernani*; las pasiones de delirio á lo *Claudio Frollo*; el humanitarismo vago, y la exhibición dolorida de la miseria y la injusticia social, como en *Los miserables*.

La melancolía ó el dolor palpitan en los robustos apóstrofes de Víctor Hugo, en las estrofas lánguidas ó desesperadas de Lamartine, en la misantropía y el escepticismo de Byron, en las nostalgias neuróticas Musset, en el tedio de Chateaubriand, y, sobre todo, en el espantoso pesimismo de Leopardi, el poeta del dolor por antonomasia, verdadero precursor de Schopenhauer.

Leopardi, decepcionado del patriotismo, de la gloria, del amor, que su pobre figura y la fragilidad femenina le impidieron gozar, proclamó la teoría de la perdurable infelicidad, la tristeza de vivir, equivale á lo que luego se llamó *mal del siglo*; lo vacío de cuanto existe (*l'infinita vanità del tutto*); la dulzura de la muerte (*la gentilezza del morire*).

«Amargura y tedio — dice en una de sus estrofas— esa es la vida; no hay otra cosa en ella; el mundo no es más que fango... Desprecíalo todo en adelante, á ti mismo, á la naturaleza, y á ese poder oculto y brutal que trabaja sin descanso para el mal del universo 1)» La vida le merece desdén: «*Nostra vita á che val? solo á spregiarla.*»

Tal es el grado culminante en la tristeza del romanticismo literario.

### XIV

La tristeza en el realismo y en el naturalismo.

Negación y protesta se ve en el realismo, que, descendiendo de las cumbres de la quimera á la realidad vulgar de la vida cotidiana, sacó á luz los pequeños dramas, las angustias, las miserias que se deslizan calla-

damente en el fondo de los hogares, la prosa vacía y sin idealidad de nuestras clases medias, la monotonía lenta, isócrona, fatigosa de las vidas grises.

La literatura realista se ha refugiado en la novela, como en su más adecuado campo de expresión:

«La novela del siglo XIX — escribe un autor (1)—, imitando la marcha de la conciencia, se ha acercado á la realidad, la ha juzgado indigna y despreciable; ha tomado á su cargo mofarse de la vida moderna que nos engaña, hacer resaltar su maldad y su fatigosa inutilidad... La novela realista es la que trata de decirnos toda la verdad. Ha sacado á luz, con una abundancia exuberante, fracasados, imbéciles, vencidos, gentes todas lamentables, que no llegan á levantar el peso de su condena. No deja en modo alguno su puesto al ideal, y nos pinta la vida fea, nauseabunda, absurda y bestia. Su filosofía, ó la vida que la inspira, es que todo se reduce á una nada agitada y al fastidio.»

Es Balzac, que en el riquísimo arsenal de volúmenes que forman su *Comedia humana* pinta las tribulaciones de la sociedad francesa en la primera etapa del siglo pasado.

Es Flaubert, preciosista impecable del estilo y hondo psicólogo, que en su *Madame Bovary* diseñó, con trozos imperecederos, un alma compleja de mujer, descentrada en su tedioso ambiente provinciano, y arrastrada

(1) Tardieu: El aburrimiento (Versión española, pág. 362).

## ALTAS NOVEDADES

para entretiempo y verano  
de las más importantes fábricas.

Plaza Sta. Ana, 24  
y Capellans, 17.

Sastrea LA EUROPEA



PRECIO FIJO

(1) A. de Stegas.

por la inquietud y el vértigo del siglo hasta el adulterio y la muerte.

Es el mismo Alfonso Daudet, no obstante hallarse confortado su espíritu por el risueño sol de la Provenza. Entre donaires y amenidades, sabe deslizar ironías tristes. Hasta el más regocijado parto de su pluma, aquel grotesco *Tartarin* mitad Quijote, mitad Sancho, ¿no es algo simbólico del hombre moderno, cada vez más elevado y sutil en ideas, y más vacilante, inseguro y temeroso en la acción, con todo el bochorno y la amargura íntima que acompañan á este contradictorio desdoblamiento de nuestro yo? Y que decir de *Los reyes en el destierro*, tragedia humillante de majestades caídas, que ni siquiera calzan coturno, ni saben fenecer con la dignidad soberana de los reyes de Sófocles y Shakespeare! Sucumben, más que por las convulsiones revolucionarias, por su propia incapacidad, sus vicios y la ruina orgánica de su estirpe; en la promiscuidad de negociantes, vividores y mujerzuelas, arrastrando el histórico cetro por el lodo de París, y bajo la hospitalidad indiferente de la gran urbe republicana, habituada al *crac* de los reyes como al de los banqueros ó al de las bailarinas. Su acabamiento entre la prosa iconoclasta del vivir cotidiano, da la penosa impresión de un naufragio donde se hunde toda una institución secular, combatida por el tráfigo demoleedor de nuestro tiempo.

Y si de Francia pasamos á Inglaterra, vemos tristeza análoga en sus literatos del realismo. Basta citar uno solo el más ilustre, el gran humorista Dickens, que mansamente, con la suavidad y compostura de su raza, retrata en sus novelas la crueldad, la perfidia y el egoísmo británicos, de suerte que, como dice un crítico, sus únicos personajes moralmente apreciables son niños, pordioseros y aldeanos casi idiotas.

\*\*

Negación y protesta se ve en el naturalismo, que convierte el elemento fisiológico en ley primordial de humanidad y reduce la vida al simple juego de oscuros instintos.

Apunta ya esta dirección en los hermanos Goncourt; pero llega á su apogeo bajo Emilio Zola. Con este portentoso buceador de miserias orgánicas y sociales, descendió el naturalismo á los más bajos fondos de la vida animal, resolvió todas las heces y todos los detritus, exploró todas las gangrenas, estudió científicamente ese mundo anormal de la neurosis y la depravación, gran proveedor de tascas, garitos, mancebías, hospitales y manicomios, retratado en la admirable *Historia natural y social de los Rougon Macquart*, archivo de las ignominias de Francia bajo el segundo Imperio. Su *Germinal* fué el grito de guerra de los trabajadores oprimidos.

Presentó Zola pedazos de vida palpitante, pero pedazos de vida fétida y ensangrentada; y sin más que descubrir aspectos de la realidad, observados fielmente y combinados con arte, produjo la emoción suprema

del horror, con más intensidad de lo que pudieron conseguirlo nunca las fantasías macabras de los románticos. Baste citar *Fécondité*, *La bête humaine* y *L'assommoir*, patrones de toda una abundante literatura, para comprender qué lóbrega visión del mundo tiene la escuela zolesca.

## XV

### La tristeza de la reacción neo-idealista: su fluencia en la novela rusa y especialmente en el misticismo de Tolstoi

Los excesos del naturalismo promovieron una reacción neo-idealista en dirección contraria. Antes se había entronizado la materia; ahora se divinizó el espíritu en forma no menos exclusiva y absorbente, surgiendo una vaga religiosidad, un extraño misticismo, una oleada de idealidad y renunciación que aumentó los desfallecimientos del alma contemporánea. Al fin el naturalismo, aunque pesimista en cuanto al momento presente, había puesto su confianza en la ciencia, redentora del porvenir. El neo-idealismo negó la ciencia, proclamando sacrilegamente su *banarrota* por boca del crítico francés Brunetiére.

\*\*

Negación y protesta exaltados se advierten en el misticismo de Tolstoi, que, con su apostólico ensueño de altruismo absoluto, combate por sensual la refinada civilización contemporánea, poniendo su aspiración en el retorno á la rústica sencillez de los tiempos primitivos, bajo un comunismo patriarcal basado en el Evangelio; exige al hombre rigideces de eremita, y en su anhelo de perfeccionar nuestra naturaleza, pretende mutilarla, sin ofrecer, como las religiones positivas, dichas futuras que componen el martirio de las privaciones actuales, sino un vacío revestido con el vago nombre *amor consciente*, algo como el *nirvana* búdhico, la nada en fin.

El pesimismo de Tolstoi revélase magistralmente en uno de sus libros más hermosos y tal vez el más popular: *La sonata á Kreutzer*, que es también la más corrosiva ponzoña con que puede amargarse una alma joven. Allí, no sólo fustiga la formación y el régimen actual de los hogares, y hace del matrimonio la más siniestra pintura que nadie hasta hoy ha imaginado, sino que niega y anatematiza el amor fecundo, la santa y universal atracción de los sexos; y pone su ideal en una sociedad de vírgenes, suicidio lento y colectivo de la humanidad, que, á juicio del austero moralista, hallaría en la total consunción el remedio único á sus dolores.

Y Tolstoi no es un espíritu excepcional en la literatura rusa, aunque sea el más brillante y conocido. En él se ve la huella de sus precursores, desde Gogol á Turguenef y

Turguenef y Dostoyeuski, todos sombríos y desolados, mostrando la tristeza incurable del alma eslava, abatida como el misero *mujik* bajo el látigo que le azota, ó presa de un nihilismo infecundo, engendrado por el régimen despótico de los azares; siempre yerta, como las nevadas estepas siberianas.

## XVI

### La tristeza del teatro moderno.

El mismo eco de opresión y disgusto reflejado en la novela, que es la epopeya de nuestro tiempo, revélase en el teatro, si fijamos la atención en sus más excelsos cultivadores.

Negación y protesta vibran en la dramaturgia de Ibsen, que revoluciona los conceptos de la ética tradicional, tenidos hasta hoy por inmanentes, y mina en sus cimientos todos los organismos sociales. Los personajes *ibsenianos* se hallan bajo el peso abrumador de la herencia patológica, sufriendo en su cerebro, en su sistema nervioso y en su espina dorsal la dolorosa huella de los pecados ó los vicios de los progenitores. Muéstranse torturados por íntimos problemas de conciencia, en incha con la sociedad por imponer su *yo* y afirmar sus convicciones, como el médico de *Enemigo del pueblo* y la Nora de *Casa de muñecas*, que llega á huir de su hogar, abandonando esposo é hijos por emancipar su propia vida. Sufren, además, la tristeza ambiente de los climas boreales, del cielo plomizo, de las noches eternas. Ni un rayo de luz alegra su vida. Fijémonos en el drama de Ibsen más conocido por nuestro público: *Los espectros*. ¿Hay nada más sombrío que aquel Oswald, epiléptico sin redención, del alma paralítica, que, sostenido por el materno regazo protector, sufre las angustias de un *fin de raza*, que se ahoga bajo las brumas noruegas, y llama al sol con desgarrado acento en sus convulsiones espasmódicas?

No menos lúgubre es el teatro del escandinavo Bjornson, el del alemán Südermann y el del flamenco Maeterlick. En sus obras, los conflictos, las luchas, las tragedias á veces, estallan por dentro de las almas; pero cómo ensombrecen toda su vida! Sus personajes influídos, por la filosofía individualista, luchan por extender su personalidad, independiente de las trabas sociales, ó sucumben á sus propias crisis de conciencia; pero todos sufren las torturas de nuestra edad.

\*\*

Con Maeterlinck el espíritu remontó su vuelo alto, muy alto: á la región azul, donde las figuras esfuman sus contornos en nimbos de niebla, donde las creaciones aladas del ensueño viven con forma luminosa y transparente. Su psicologismo escudriña los más íntimos repliegues de las almas, apartándolas de cuanto es material, para verlas en toda su diáfana plenitud, como las veían en sus éxtasis nuestros ascetas; y despre-

# CHAMPAGNE NOYET

cavas "Els Pujols"

=Premiat en totes les exposicions á que ha concorregut=

Comarca del Panadés

ciando lo visible, suspira por lo ignorado y recóndito, por la perdurable incógnita del más allá, por la ola del misterio que envuelve nuestra vida.

La característica de su dramaturgia es estudiar poéticamente ese mundo íntimo de angustias y terrores sin causa, de acciones sin objeto, de influjos distantes, de atracciones irresistibles, de augurios clarividentes, de intuiciones extrañas; mundo que, substrayéndose á la habitual experiencia, constituye un flón científico de fuerzas ignotas, y un campo abierto para la obsesión de lo maravilloso, que sigue arrullando aún el sueño infantil de la humanidad.

Cuando en *L'intruse* agoniza una mujer enferma, en su instante postrero, todo parece estremecido por la vista de alguien invisible y aterrador: los ruiseñores callan de pronto, los cisnes se espantan; agazábase el perro en su cuchitril, las rosas se deshojan, la lámpara se apaga, el viento gime. En el jardín no ha entrado nadie, y, sin embargo, se ha sentido el paso inmaterial de la muerte, de *la Intrusa*.

Así es todo el teatro de Maeterlinck: siniestro y estremecedor como una visión de fiebre.

\*\*\*

El teatro latino, aunque menos sistemático en su lobreguez que el de los pueblos del Norte, no puede tampoco sustraerse á la inquietud y el disgusto ambientes. Como la dramaturgia escandinava y germana, analiza las graves crisis morales y económicas que sufre nuestra sociedad; presenta los daños de una tradición arcaica, de un perjuicio ético ó filosófico, de una ley injusta.

Gabriel D'Annunzio, delicado y sutil psicólogo, sabe extraer de los hechos más vulgares, de los objetos más nimios, toda una amplia filosofía irónica ó doliente; hacernos sentir la indiferencia con que el mundo físico sigue su curso inmutable y normal, ajeno á las tempestades humanas y á los estragos del dolor, que nos acecha en nuestro camino; descubrir el panorama interno de las almas sensitivas, en su complejidad multiforme.

El y los demás novísimos dramaturgos italianos (Giacosa, Marco Praga, etc.) expresan el morboso influjo de la pasión bravia y arrolladora saltando como un torrente sobre los débiles diques que puedan oponerla deberes morales ó religiosos, fuertemente mirados en su base por las nuevas ideas.

El teatro francés, con sus eternos temas del adulterio y el divorcio, desde Dumas á Capus, y aun el inglés, que renace en estos últimos años y culmina en Shaw, no revelan menos conturbación psíquica y social.

## XVII

## La tristeza en el modernismo y en el decadentismo.

Igual tristeza, pero aún más enfermiza y neurótica, inspira las diferentes direcciones del *modernismo*, que en estos últimos años ha venido reinando en la poesía lírica de todos los países, como absoluto señor.

Todo en el modernismo lleva el sello del agotamiento y la decadencia. Las sociedades, como los individuos, envejecen. De aquí el egoísmo senil, origen de ese orgullo literario que hace cultivar el *yo* exclusivamente, infringiendo la solidaridad que el arte necesita, si ha de ser un organismo social;

de aquí también el aumento de la sensibilidad, el desgaste de las impresiones ordinarias á fuerza de repetirse, que conduce por plano inclinado á cierta perversión de los sentidos, y á refinamientos exóticos de una malsana voluptuosidad, encaminados á estimular los nervios con bruscas sacudidas.

Así, el simbolismo de Verlaine es brumoso, lánguido, balbuciente, contradictorio, místico, sensual, desequilibrado, triste.

Los modernistas buscan la vaguedad, la paradoja, lo extravagante y lo pueril, efectos crepusculares, impresiones de la sombra ó el silencio, raros fenómenos anímicos. Su emotividad se estrema por cualquier nadería. Hallan en todo lo creado un sentido oculto, y pretenden descubrir el *alma de las cosas*. A veces el crujir de la rama, el aleteo del insecto, el soplo de la brisa, el murmurio del arroyo, lo más leve, lo más ínfimo, conmueve su sér con intensas vibraciones. Hay poeta de esta falange, como Rodenbach, que canta por sistema lo pálido, lo difuso, lo que se marchita y muere.

El modernismo es ácrata, egoísta y terriblemente insociable. Desdeña á los hombres, cuyos problemas é inquietudes le parecen prosáicos, y se encastilla en su *torre de marfil*, ajeno á todo influjo exterior, para depurar exclusivamente sus más refinadas impresiones artísticas.

Pero su negación y su protesta van más lejos que las demás direcciones literarias; no se limitan ya á la sociedad, sino que se extienden á la Naturaleza. Oscar Wilde llega á decir que los *únicos personajes reales son los que nunca han existido*, y que la Naturaleza no es sino una imitación de las obras artísticas. Julio Laforgue se burla irónicamente de *Mamá Naturaleza*, encontrando graciosa y peregrina la obstinación tenaz con que se empeña en seguir su inmutable curso. Villiers de l'Isle Adam, en su novela *L'Eve future*, forja un mundo mecánico, donde hasta donde la mujer será una marioneta artificial, que, movida á tornillo, dé amores, caprichos, placeres y celos.

\*\*\*

Un atentado constante contra la Naturaleza alegre y sana, es la escuela *decadentista*, que inundó la literatura con obscenidades, delirios sangrientos y aterradoras quimeras, hallando una delectación morbosa en todo lo horripilante y corrompido.

*Las flores del mal*, de Baudelaire, son la apoteosis grandiosa y terrible del pesimismo y el dolor, la descomposición y la muerte. El vértigo del horror apodérase del perturbado cerebro del poeta, y engendra en él monstruosas visiones de pesadilla. Se ve á sí propio ahorcado. La podredumbre le corroe, murciélagos y grajos devoran sus carnes palpitantes, y arrancan sus miembros con impasible lentitud. Justifican con la obsesión de tan horrendos fantasmas aquellos versos de Baudelaire, verdaderos cánones de su estética patológica:

Tu marches sur des morts, Beauté dont tu et moques.  
De tes bijoux l'horreur n'est pas le moins charmant!

Que alguien ha traducido así:

Sobre muertos, Belleza, caminas,  
aunque en ellos tu burla fulminas.  
De tus joyas lo más seductor  
es quizás, entre todo el horror.

Desde Baudelaire, con su poema pestilente, ¡qué triste obra es la realizada por esa legión de insensatos *satanistas*, que hicie-

ron del mal un dogma! ¡Cuántas energías, cuánto arte malogrados en idealizar el crimen y hacer de la blasfemia un elemento poético, como Richépín en *La Chanson des Gueux Blasphèmes*; sublimar el vicio, como Péladan en *Vice supreme*; paladear el espectáculo de las más atroces torturas, como Mirbeau en *Le jardin des supplices*, y en restaurar el culto de la Edad Media al Diablo á modo de Barbey d' Aureville.

Rollinat, que durante algún tiempo fué el poeta predilecto de París, dió con su persona un tristísimo ejemplo del pernicioso influjo que puede producir su escuela macabra, pereciendo él mismo hace ocho años, víctima de su vesánico delirio.

Todo lo enfermo le atraía con irresistible impulsión. Su obra maestra fué el poema *Neurosis*; su musa erótica se gozó en pintar los amores de los tuberculosos, y Chopin, á quien por sus marchas fúnebres reverenciaba, fué para él el *gran tísico*. Hallaba en toda agonía un tesoro de voluptuosidades, y la anemia y la consunción de la juventud le parecieron tan poéticas, que llegó á cantar al *ángel de la clorosis*. Tenía ideas fijas de víboras y sapos, que arrastran en la sombra su ponzoña; de cipreses que gimen, y espectros que amenazan; y sufría terrores infantiles al oír el simple ladrido de un perro, que turbara el silencio de la noche.

¡Viva la muerte! — había repetido en fatídicas estrofas Rollinat. — Y la muerte, su amiga, su amada, fué compasiva con el poeta que había consagrado la pluma á su holocausto, privándole de una existencia que la locura del horror convirtió en tormento irresistible.

De intento me he detenido en los modernistas y decadentes, que representan en su fase más aguda y morbosa la tristeza y el dolor de nuestra edad.

Y así en este desfile siniestro de neuróticos ó alienados que llenan la literatura contemporánea, como autores ó personajes de ella, revistiéndola con las más negras tintas, y haciéndola casi más patrimonio del médico psiquiatra que del crítico, ha podido hallar Max Nordau alguna base para lanzar el diagnóstico de *degeneración*, con que, en libro célebre y demoledor, estigmatiza á todas las manifestaciones del arte moderno.

Llegados á este punto, cabe preguntar, ¿quién ha influido en quién? ¿Los autores pesimistas ó enfermos sobre el público, produciéndole una intoxicación literaria de perversiones y desalientos, ó el público degenerado de las grandes ciudades crapulosas sobre los poetas y novelistas, aspirando el perfume de las flores de ataud ó estercoleo, con igual placer morboso que el éter, el opio, la morfina, ó el *haschich*, y exigiendo cada vez más negruras ó hediondeces, para recrear su paladar estragado? ¡Lastimoso círculo sin fin, en que unos y otros enervan su espíritu y amargan su vida!

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA

(Continuará)

## LIBROS RAROS Ó PRECIOSOS

IMPRESOS Ó MANUSCRITOS

SE COMPREN POR SU MAS ALTO VALOR  
SALVADOR BABRA - Méndez Núñez. 11

## Las obras completas de Juan Maragall

Lo que nosotros hubiéramos debido hacer, ella ha sido quien lo ha hecho, una pobre viuda, casi una extranjera, que el maestro eligió por su mujer. Yo no sé si el pueblo tiene verdadera idea de lo que significa para nuestro espíritu, para nuestra lengua, esta edición de las obras completas de Maragall. Parece que con el tiempo sorprenderá que no haya sido una edición nacional, una cosa pública á la que de un modo ú otro hubiesen contribuido todos los catalanes vivientes en la hora de su muerte (1).

Seguramente, no obstante, el maestro se hallaría complacido viendosalir sus obras de su casa, así, aderezadas por las manos cariñosas de la esposa. El, que tan enemigo fué de las cosas impersonales y abstractas, diría que el amor del pueblo se manifiesta naturalmente con más fuerza en los allegados, y que su primer compatriota es la esposa, y después los vecinos, y en fin, todos cuantos como él hablaban. Aquella, pues, que en vida del poeta silenciosa y vigilante «recorría las estancias», ahora, hechá por la muerte cabeza de familia, se ha sentido capacitada para otras obligaciones.

Ella, con amoroso cuidado alargó años y años la vida; como dice Ruyra, era la esposa que abría la puerta á las musas y sin celos esperaba á la puerta. La noble mujer, que jamás con indiscreta solicitud intervino con sus consejos, ni dió jamás su opinión sobre su obra, una vez muerto él, se ha hecho el editor ideal de sus escritos, reuniéndolos con una nueva piedad casi masculina.

He aquí el papel justo que corresponde á la mujer, diría el maestro: mientras el esposo vive, habla por boca del mismo, por él vota, por él da su parecer y dispone. Una vez muerto, despiértase una gran virtud moral en la mujer; ved los ejemplos de viudas que hallamos en la historia y aun en la experiencia diaria. Mientras él vivió, un solo espíritu, un solo pensamiento llena la casa. ¿Es de él? ¿Es de ella? Acaso es de ella no lo sabe, el amor de todos ha hecho uno solo.

Jamás, en parte alguna, esta unidad de la familia la he visto realizada como en aquella de nuestro poeta en Barcelona. He recorrido otros pueblos, me he sentado á otras mesas, he tratado gentes de toda suerte de espiritualidad, pero jamás, en parte alguna he hallado la paz, la dignidad, la gracia, con

que Maragall sabía ser padre y su esposa ser su mujer.

Por eso, antes de hablar de los libros, háme parecido que debía señalar con el dedo aquella casa y aquella mujer; porque esta edición de las «Obras Completas» de Maragall será siempre para todos «la edición de la viuda». Nuestro pueblo se lo debe agradecer. Es una noble figura enlutada que baja sola á la gran plaza, á dejar en ella esta urna llena de tesoros y joyas, la herencia legada por el poeta á su patria.

Hánse ya publicado las dos primeros volúmenes: uno de artículos y otro de poesías. El compromiso de la noble matrona con su muerto, nos asegura todavía, para dentro de poco, los ocho que faltan. La edición de las «Obras completas» de Maragall consta de diez volúmenes de materia excelente. Ahora se vé como trabajaba aquel hombre que parecía un encantado! Acaso el poco trabajo le aprovechaba, en su reposo, más á que nosotros, siempre ansiosos y ocupados por la excesiva tarea.

El primer volumen de artículos, después de un magnífico prólogo de Oliver, recoge los publicados entre los años de 1892 y 1895. Para nuestra generación, que no los leyó en el «Diario», aquellos artículos resultan doblemente interesantes. Vése, escogido, lo que preocupaba á Barcelona y lo que preocupaba asimismo á aquel joven de veinte años atrás.

Acababa de salir de la Universidad; el socialismo era entonces la preocupación, el liberalismo había traído el socialismo, parecía que hubiera de venir el fin del mundo. Maragall no participaba de la angustia general, era ya el gran optimista que fué toda su vida. Para él se pasaba por un momento de transición; de aquel caos de ideas revolucionarias y de protestas en los conservadores, surgiría por fin un nuevo mundo, cuando la sociedad contemporánea hubiese recobrado el reposo.

¡Cómo leía aquella juventud! ¡Cómo se enteraba de las revistas y de los libros más modernos y los comentaba con interés! Maragall, de todas esas lecturas, daba extracto y crítica en el «Diario de Barcelona», el gran baluarte de nuestra burguesía. Allí hablaba de Nietzsche y de Ibsen, y lo hermoso era que, sin hacer traición á sus pensamientos, gustaba á unos y otros. Allí estampaba palabras como estas: «Ante la majestad del nuevo mundo de ideas (cuyos extremos parecen ser el socialismo y el anarquismo) hay más sinceridad y más promesas en las dudas é inquietudes de los jóvenes, que en las escépticas ó estériles afirmaciones de los viejos que tienen todavía entre manos el fantasma del poder social.»

Por fortuna suya, no tenía un conservador escéptico á su lado en el «Diario»; de haberlo sido, no lo hubiese tolerado. Maragall que tuvo siempre y para todo una gran benevolencia, excepto para el pesimismo.

La buena suerte de encontrarse con un conservador convencido, de alma pura, como Mañé y Flaquer, hizo que Maragall disciplinase su espíritu año tras año en una obligación de periodista.

Parece que Mañé intervenía en la formación de sus colaboradores eficazmente y aún con preceptos materiales. Maragall recordaba á menudo aquella frase de Mañé de que un artículo de periódico debe ser, como un bastón, de una medida fija, con puño y contera. Parece que esto venga á contradecir la santa doctrina de la espontaneidad, que reclama que diga cada cual lo que tiene por decir, sea breve, sea largo, y nada más que lo que tiene por decir. Pero, en cambio, estos viejos preceptos del periodismo á la antigua, prohibían en los diarios tantas cosas disonantes, que mejor estarían en un libro ó una revista y que hoy perturban excesivamente al lector! Maragall decía que Mañé había tenido con él una verdadera debilidad; de otro modo, á no ser en gracia de la manera de decir las, no se explicaba como dejaba pasar ciertas cosas suyas en el «Diario». Es cierto que muchos debió de influir en el viejo gruñón la gracia juvenil de las ideas que coronaban la frente del noble poeta. Pero, además, se daba una verdadera coincidencia en juzgar ambos las cosas modernas: en el viejo porque iban contra lo antiguo, en el joven porque no eran bastante nuevas todavía. Compréndese que Mañé, al hallarse de acuerdo con aquél el más visionario de otra generación, debía quedar encantado y dispuesto á transigir en todas las menudencias.

Por ejemplo, en las cuestiones que entonces interesaban, como eran el sufragio universal y el jurado, si Mañé decía que eran malos, Maragall decía asimismo que eran imperfectos; Mañé protestaba porque iban contra el orden establecido; Maragall añadía: No responden á nuestra naturaleza, no se avienen con las jerarquías de una sociedad ideal. Y así, por tan diferentes motivos se hallaban de acuerdo en combatirlos. Maragall, en las últimas épocas de su vida, había olvidado en gran parte estas cuestiones, pero, algunas veces, al salir en las conversaciones aquellos temas, las trataba todavía con especial calor.

Los tres artículos destinados al proceso Willié me han recordado muchas conversaciones en que volvía aun á su memoria aquel asunto. Era el caso de un extranjero que asesinó, á sangre fría, á un rico negociante de Barcelona. Una hermana del acusado, con energía que puede hallarse solamente cuando se juega la vida ó la

(1) Xenius ha hecho constar desde *La Veu d' Catalunya* que el *Institut de Estudis Catalans* se proponía emprender la referida edición, pero que la ilustre viuda de Maragall rehúsó por delicados y respetables motivos sentimentales—N. de la R.

MOSAICOS • E • F • ESCOFET & C

Ronda San  
Pedre 8  
Barcelona

Marmoles  
Piedras  
Maderas

Construcción  
Decoración

Joaquín Montaner

### Sonetos y Canciones

Un tomo de 64 págs.— Dos Ptas.  
J. Horta, Impresor.—Barcelona 1911

# ROYAL

Rambá Estudios, núm. 8

Todas las tardes Té - concierto

== Souper-concert á la salida de los teatros

RESTAURANT

== Menú desde 5 pesetas ==

El Salón más elegante de Barcelona para banquetes y lunchs

muerte de una persona amadísima, combinó una defensa teatral y sugestionó al jurado con sus testimonios. Al oírse el veredicto que absolvía de pena a su hermano, aquella mujer, que se había contenido de un modo sobrehumano durante todo el proceso, volvió de una vez á ser mujer y cayó sin sentido. Maragall asistía á aquel extraño espectáculo, enviado por Mañé para que hablara de él en el «Diario». El poeta tan sensible, explicaba todavía, hacia su vejez, la turbación de su alma en aquellos momentos; por ventura de no haber tenido junto á sí un hombre como Mañé, no hubiese podido escribir aquellos artículos sobre el proceso y contra el jurado, por cuya falsa sensibilidad quedaba burlada la justicia.

De esta manera el periodismo formaba á los hombres y les obligaba á meditar sobre las cosas. Maragall decía á menudo que la única escuela de poesía está en el ejercitarse haciendo traducciones de las obras maestras: el periodismo debiera ser la única escuela de los pensadores. No le pesaba el largo tiempo pasado en el periodismo, tenía un conocimiento de los hombres y las cosas que no hubiera adquirido con la vida de retirada de poeta que últimamente vivía; sólo se quejaba alguna vez, de hablar algo forzado. Hemos de confesar, que causa cierta pena ver al joven poeta dedicar cinco artículos á la exposición de Chicago sin moverse de Barcelona; da una pobre idea del provincialismo burgués de aquel diario que, con ser tan rico, no podía enviar á nadie á contemplar las cosas desde cerca.

En estos primeros años, recién salido de la Universidad, hablaba todavía poco en sus artículos de arte y poesía. Esto permanecía en su interior y en un pequeño grupo de amigos; al público se le debían las grandes cuestiones (llamémoslas grandes) del derecho, de política y sociología. Por otro lado Maragall, para ocuparse en esto, no tenía que hacerse violencia alguna. Enseñaba todavía pocos años ha en el cuadro fotográfico de los condiscípulos con que había terminado la carrera, á los dos ó tres que, junto con él, se habían entusiasmado con el estudio del Derecho romano.—Yo hubiera preferido hacer —parece haberle oído decir— la obra de Savigny mejor que el Fausto de Goethe. A no haber tenido esa vocación por la poesía (mejor dicho, encantamiento, añadía con modestia), hubiérame dedicado al estudio del Derecho romano.

Él no había tenido, como nosotros, á un maestro Maragall que informase á toda una juventud, una personalidad tan interesante como la suya permaneciendo solitaria, señalando un poético camino; para él habían existido todavía en antiguos maestros del derecho en Cataluña: Durán y Bas y Romaní, y estaba viva todavía el recuerdo de Llorens.

Nadie sospecharía en esos primeros artículos al gran poeta que entonces estabáse formando. Y ya era el arte y la poesía lo que más interesaba á este joven generoso. Hablaban de ello con sus amigos como en secreto. Eran tres ó cuatro: Soler y Miquel; un tal Buxaderas malogrado, que murió en Valencia. Hablaban mucho de poesía y el único poeta era él, Maragall Soler y Miquel tenía una sensibilidad exacerbada. Maragall, que tanto le recordó toda su vida, decíame á menudo como le agitaban las sensaciones, doblegándole, poniéndole enfermo, sin dejarle fuerzas para regirlas. Maragall, que, como todos los poetas, era un temperamento algo pasivo, se contagiaba de la vibra-

ción de Soler y Miquel. Y cuando había pasado por su interior, un día dado presentábasele con aquella sensación encarnada en una docena de versos purísimos, Soler y Miquel entonces le rendía homenaje, pues él no era más que un sentimental; faltábale el don de la palabra para ser poeta.

Así se comprenderá que resulta mucho más interesante, aquel artículo en que Maragall describe una salida al Pirineo; es una excursión la más vulgar, de las que cada año se organizan en Camprodón ó en Ribas contratando pacíficamente los mulos para ir á Nuria y á las fuentes del Ter. Pero los tres ó cuatro compañeros eran aquellos cuatro jóvenes de quienes hablo, con la pasión de la poesía; Maragall me había contado á menudo los mil estremecimientos, casi el epiléptico gozo que las grandes montañas causaron á Soler y Miquel, hombre del llano y de la ciudad. Él en cambio, que parecía apagado, iba recibiendo de aquellas visiones la simiente de algunas de los «pirenques» y de los «Goigs de la Verge de Nuria».

Es para mí un placer grandísimo hablar así de aquella gente pasada y me pongo en peligro de perder el precepto de Mañé del puño y contera. Ellos nos enseñaron sobre todo, á ver las cosas. Esto es realmente la patria, esta supervivencia ideal de unos en otros. Todos, quien más quien menos, llevamos algo de Maragall dentro del alma, y hablamos por él, pues él nos ha enseñado á abrir la boca. A todas horas, viendo el agua de un río caudaloso como pasa, ó las grandes montañas, ó allá abajo una ciudad con sus cúpulas, me imagino tenerle á mi lado y que él también lo mira todavía. Al principio, me penetra un dolor inmenso, de que ya no goce más, con sus ojos, de la luz hermosa. Después hallo algo de consuelo, al pensar en los muchísimos á quienes ha enseñado á ver las cosas y que por él las miran.

El segundo volumen, de versos, con un prólogo de Ruyra, contiene reunidas las poesías catalanas de Maragall. ¡Pueblo catalán, ahí tienes el legado del poeta!

J. PIJOAN

(La veu de Catalunya)

## Las obras de Maragall

Pulcramente editados por la casa Gustavo Gili, han aparecido los dos primeros tomos de las obras del llorado Maestro que inician las dos series catalana y castellana de que ha de constar el conjunto de las *Obras completas*.

Hemos leído con detención los dos volúmenes, no para someterlos á nuestra crítica, que no puede alcanzar á tanto, sino por creer que la importancia de la publicación exige que se hable de ella con pleno conocimiento de causa.

Por hoy limitaremos nuestra atención al primer tomo de la *Serie castellana*, que egregiamente prologado por el príncipe de los periodistas españoles S. Oliver, contiene los artículos publicados por Maragall en el *Diario de Barcelona* desde 1892 á 1895.

La lectura de estos artículos produce al que ha leído las producciones posteriores del Maestro una fina sensación que, borrosa en sus principios, va delineándose después poco á poco hasta parecer clara y distintamente como una *sensación de origen*, algo así como la despertada por la contemplación de los primeros manantiales de un río caudaloso.

Maragall, fervoroso secuaz de la doctrina de la espontaneidad que acaso exageró algunas veces, no se revela de pronto al mundo literario como un súbito huracán de inspiración. Empieza por insinuarse. Al principio, nadie acertaría á comprender lo que en aquellos gérmenes se encierra, tanta es su modestia y aún su desprecio por la gloria. Pero seguid leyendo y veréis cómo aquellos gérmenes van desarrollándose, van tomando cuerpo poco á poco hasta convertirse en árbol frondoso, cuyos ubérrimos frutos aparecen ya hacia la mitad de este volumen.

Casi todas las ideas políticas, estéticas, religiosas y sociales que defendió Maragall en el decurso de su vida son preludiadas aquí, unas con claridad meridiana, otras con vaporosas, vislumbrantes pero todas tímidamente, pues Maragall, como toda alma pura, comenzó su carrera por el angosto sendero de la timidez.

Su misticismo religioso, aquel fuerte anhelo de unión con la divinidad verificada por el intermedio de las criaturas en el santuario de la sinceridad donde brota como agua viva la palabra ardiente de fé y amor, se halla insinuado en los artículos *La ley del progreso* y *Un sermón del Obispo de Vich*. Su teoría estética de la palabra viva se halla, no diré insinuada, pero sí vagamente presentida en aquella humilde descripción de una excursión *En las alturas* donde se sorprenden los primeros albores de los maravillosos *Goigs á la Verge de Nuria*. Su noble individualismo que concebía al individuo como principio y fin de la sociedad, diametralmente opuesto al panteísmo socialista que pulveriza al hombre vivo convirtiéndole en parte alicuota del Gran Pan del Estado, se halla no ya insinuado, sino expuesto con maravi-